

24 de abril de 2025

Sobre El cuaderno de hule negro.

(Texto leído en la Feria del libro de Cáceres el 23 de abril de 2025)

En primer lugar, gracias a todos y todas por asistir a esta presentación que es también un homenaje a mi padre, Fernando Tomás Pérez González, el autor del libro, y un merecido acto de recuperación de su obra literaria. Me gustaría también, aunque resulte fácil hacerlo de voz de mi madre, por persona interpuesta, pedirles disculpas por no poder estar presente, por añadir, a la ausencia inevitable y pesadosa del escritor, quien empieza todo, la del prologuista y encargado de la edición, el que esto escribe. Es verdad que, como comentaba Paul Ricoeur, al leer nos encontramos siempre con una falta, la ausencia quien ha escrito el texto, siempre en un tiempo pasado y, con gran frecuencia, en un lugar distinto. Esa es también la gran tarea y la maravillosa virtud de la escritura, que viene en nuestro auxilio a reparar, a intentar restañar esa añoranza de quienes nos faltan, que no están presentes, porque ya no viven, porque están muy lejos o, sin más, porque no es tan sencillo comprendernos al hablar cara a cara, cuesta decir ciertas cosas, pensarlas con cuidado, formularlas bien. Y así nos encontramos ahora, en esa imposibilidad de coincidir en el mismo tiempo y el mismo acto, la separación entre quien produce el texto y quienes lo interpretan.

Pero, al fijarnos en eso, ya se descubre la trampa y es que yo no les debía ahora un texto, sino un encuentro en persona, una conversación, y por eso, una vez más me disculpo de veras. La razón, o razones, son de peso (unos tres kilos y medio y cinco kilos) y espero que sepan comprenderme: estoy ahora mismo cuidando a tiempo completo de mis dos hijos, nacieron prematuros hace poco y, apenas han dejado el hospital, tienen que volver a él a cada poco a consultas, revisiones, pruebas y tratamientos.

Justo de aquí quería partir, tras descubrir que era necesario hacerles esa confidencia de la situación en que nos encontramos, y que con cansancio vamos mal que bien sobrellevando, para enlazar con ella unas reflexiones que me vengo haciendo estas semanas, al pensar en El cuaderno de hule negro. Surgen de una pregunta: ¿cuándo deja uno de ser hijo para empezar a ser padre? En este libro se habla mucho de familias, y sobre todo de padres e hijos. De hecho, dos de las tres únicas piezas ya publicadas, en su colección de Artículos y ensayos en edición de la UEx, tituladas “Primeras lecturas” y “Alegoría en la escuela”, se dedican al recuerdo de Fernando Pérez Marqués, mi abuelo, y en ellas se abordan las relaciones paternofiliales de consuno con la experiencia de los libros, de la literatura, recobrando esa tradición y legado que supone poner un volumen en manos de un niño, de un adolescente, para que lea, y tal vez, luego escriba, puede ser, o que por lo menos haga algo con aquello que ha leído, que lo lleve a la vida compartida de algún modo, al mundo.

Porque esa pregunta, la de cuándo se deja de ser hijo para empezar a ser padre, también puede verse de otra manera, más acorde con el día de hoy – el del libro-, para preguntar cuándo se pasa, si es que se pasa, si es que se logra pasar, de la escucha, del aprendizaje cauteloso, a tomar la palabra, a sentir que uno está en condiciones de tomar la palabra para decir algo con sentido. Y es que, en una entrada de los diarios de mi padre, me encontré con un fragmento que luego no supe cómo meter en el prólogo, en el que se contaba cómo, “quizás Fernandito sea capaz, si es que quiere, de darse a la tarea de escribir algún día. Puede que le ayude no sentir sobre sus hombros aquel peso de quien tiene como padre un escritor reconocido...”

En fin, algo bueno tuvo esa discreción de mi pater familias, que le llevó a guardarse estos relatos y escritos para dejarlos en modestos borradores, y que sin el impulso de mi madre, que

ahora lee esto, y de mi tía Isabel, tal vez hubieran se hubieran perdido por la incuria o la pereza o, más bien, la aprensión, de no saber juzgarlos o medirme injustamente con ellos, de querer que él no fuera para intentar ser yo, ser el que escribiese, pues lo suyo eran los ensayos y la historia, la edición, lo “más serio”. Se me ocurre que así lo pensaba, que ya estaba cansado de ser en todo “Fernandito”, o “Fernando hijo”, y que, esto de las florituras literarias, la poesía, por lo menos, me lo dejaran a mí. Cuándo deja uno de ser hijo para ser algo más, es un pensamiento que se tiene, que tuve, y que por suerte dejé de tener, al ocurrírseme que, de la misma forma, hay bastante gente que deja de leer a los demás para escribir “solo lo suyo”, muy erradamente, personas que pretenden avanzar en el vacío, como la paloma de Kant, del que por cierto fue ayer el tricentenario. Y es que si uno intenta volar en el vacío lo que pasa es que te asfixias, te quedas sin nada que decir, igual que si pretendes sacarte de una zanja, como el barón de Munchausen, sin apoyarte en nada, a base solamente de tirar de tu propia coleta, te quedas en lo hondo, no hay manera de salir.

De eso me he dado cuenta estas semanas, ahora que he sido padre: al agarrar la cabeza de mis hijos recuerdo una gran mano sosteniéndome la nuca, sé que parece imposible pero tengo el recuerdo de su cuerpo como mole protegiéndome, vuelto un paisaje completo, y luego a través de la infancia lo veo rodeado de libros, igual que él a su padre, y me acuerdo de sus triquiñuelas para intentar que terminase de leerme algunos cuentos, Corazón, de d’Amicis, y luego aquellos otros, los de Kafka, y antes, pues no sé, El gran Meaulnes, y entretanto, cómo se esforzaba en que apreciase la buena calidad en los diseños, las cubiertas bien hechas, la bonita edición. Sin ese peso, que en realidad era un regalo, no creo que yo hubiera escrito nada, aunque de adolescente me espantara imaginarlo. Así que mi respuesta a cuándo dejas de ser hijo para ser padre, por ahora, se resume en que uno se vuelve aún más hijo cuando de pronto es padre, y comprende más cosas, porque entiende qué se siente al desear que alguien consiga superarte, cuando de pronto te importa más otro, y de pronto haces recuento de tus cuitas del pasado para así evitarle tus errores, y buscas entre las canciones de tu juventud para cantarle algo y serenarlo, pues todo lo que has ido acumulando se convierte en un recurso para ayudar a tus hijos e hijas a seguir adelante. Y ya no importas tanto.

Esa es otra cosa de la que me advirtió: algún día, cuando te encuentres con mis debilidades, cuando veas que no era para tanto, empezarás a ser adulto: dejarás de competir para sentir piedad, me sentirás más cerca. Pues bien, a esa cercanía se debe este tono que adopto en estas líneas como también en el prólogo, un acercamiento quizás demasiado personal, demasiado enmarañado en la cuestión para que sea un estudio fiable de sus hallazgos literarios. En mi descargo, no hubiera sido capaz de hacerlo de otro modo, lo intenté y daba en falso. Al menos, en lo que he podido, he ido adoptando su método historiográfico, investigando a partir de las fuentes efímeras, rebuscando en sus diarios, sus disquetes, en el recuerdo de sus estanterías, tantas veces revisadas, en los comentarios que me hizo en persona, lo que en la academia se define con el rubro de “comunicación privada”.

Esa fue la única ventaja de mi posición al escribir el prólogo y seleccionar sus escritos: pocas personas han pensado tanto como yo en Fernando Tomás Pérez González, aunque solo fuera para entender cómo ser otro y quién podía ser yo, y, ya después, al echarlo de menos, al descubrir mejor quien fue, para pensar en cómo estaría bien ser, para pensar en cómo ser buen hijo, buen amigo, buen ciudadano, buen lector y buen escritor... Para intentar ser, en fin, una buena persona.

Pero disculpadme, ya termino, va a leer ahora mi madre un cuento del que debe ser el centro de esta presentación, y con suerte ella o Antonio Girol, el actual director de la Editora, a quien

también le agradezco de corazón su trabajo, así como a Luis Sáez, que empezó la tarea, hablarán o habrán hablado un poco de los cuentos que aquí se presentan. Si no, les emplazo mejor a que los lean con calma y con disfrute: más allá de estas líneas, no me he visto con fuerzas para contar sus méritos o analizar su estilo, realista, claro, sólido, centrado en historias extremeñas, en la memoria, “los materiales de la infancia, las narraciones orales del mundo rural, los nombres de los sitios, del pasado, las genealogías, las diferencias de clase, la nostalgia, la justicia, los afectos...” y cito la contracubierta con el deseo de que abran el libro y acudan a sus tripas, a relatos como “Un suceso en la Mina”, “Mohamed”, “Labrarás la tierra”, o el que leerá luego mi madre, “Egotismos a Gogó”.

Para terminar, me gustaría que se escucharan sus palabras, con un fragmento que compuso tras andar herborizando por unas laderas (y anotó: “lentisco o charneca”, “cornicabra, agallas en forma de cuerno de cabra”, “jazmín silvestre”, “jaguarzo, o jogarzo, especie de jara de flor rosácea”, que prolifera en terrenos más bien estériles, o de poco fruto). Lo descubrí ya demasiado tarde para encontrarle acomodo en El cuaderno de Hule negro, pero da una buena muestra de su estilo y de sus inquietudes:

#### JOGARZOS

“En una época de hambrunas, posiblemente después de la Guerra Civil, un jornalero viejo y su hijo pidieron permiso a un propietario de tierras incultas para labrar por su cuenta un pedrizo de alguna de ellas. El rico les marcó un paraje en el que podían intentar algún cultivo después de desbrozarlo. Llegaron, padre e hijo, para empezar la limpieza, cuando el padre, casi ciego, le pidió a su acompañante que le atase el burro que llevaban a esa retama de allí. “¡Qué retama, padre, son jogarzos!” le respondió el joven. “¿Jogarzos? Pues entonces vuelve a aparejar el burro, que le van a ir dando por culo a este campo.

La historia me la contó un bedel del instituto de Jerez de los Caballeros. Todo un tipo.”